

mas vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes había crecido el famoso plátano puesto por el mas ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revoluciones de los tiempos; un mismo recinto veía sucederse una planta á otra planta, un héroe á otro héroe, y un imperio á otro imperio. Pero César era guerrero é historiador, y su plátano era guerrero y poeta, y él mismo compuso á su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetían de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del jóven príncipe Omíada:

Tú también, insigne palma.—eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan.
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas lloraras,—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa.
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (1) riega;
Pero las palmas y el río—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabas la fiereza
Me forzaron á dejar—del alma las dulce prendas.
A tí de mi patria amada—ningun recuerdo te queda:
Pero yo, triste, no puedo—dejar de llorar por ella (2).

A invitación de Abderrahman vinieron á España muchos personajes ilustres de los que por adictos á la causa de los Beni-Omeyas andaban proscritos y errantes por Siria, Egipto y Africa, que fueron los troncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y á Moavia ben Salehi que de su órden había ido á ofrecer una nueva patria á aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadi de los Cadies* ó juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderrahman las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando á los compromisos de Elvira, había alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole el *Adaghel* (el aventurero, el intruso), y proclamándose emir legítimo de España. Dió Abderrahman el encargo de perseguirle al walí de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso *Marsilio* de las crónicas cristianas y de los romances moriscos (3), que pronto recobró las plazas de que Yussuf se había apoderado. Alcanzándole despues en los campos de Lorca, la hueste rebelde fué acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acerbillado de heridas. Su cabeza fué enviada al emir, que la hizo clavar á una de las puertas de los muros de Córdoba. Así acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail, que gobernaba el Oriente de España, renunció el mando de su provincia y se retiró á vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

Pero ¿acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderrahman á no gozar momento de descanso en el trono como no le había gozado en el desierto. Jamás imperio alguno había sido mas espontáneamente ofrecido: ninguno había de ser á costa de mas fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca á los odios de tribu y de familia, transmitirse el encono de generacion en generacion y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron

(1) El Eufrates.

(2) Traducción de Conde. En este género de metro, el mas usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale á dos de los de nuestros romances.

(3) Contracción sin duda de *Omares filius*, como llamarían los cristianos á *Ben Omar*, y despues por corrupción *Marsilius* y *Marsilio*. El célebre personaje mencionado en los romances de Carlo-Magno, en los cantos de Ariosto, y en la escena del retablo de Maese Pedro en el *Quijote*.

de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebelion se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, ó en todas partes á un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderrahman, fuera cogido y su cabeza enviada á adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero á su vez, le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallara todavia indulgencia en el magnánimo corazon de Abderrahman, que se contentaba con enviarle á una prision de Toledo, nada bastaba á escarmentar aquella familia aviesa é incorregible; y escapados de una prision ó sacados de ella por sus parciales, volvian á hacer armas y á comover el imperio, y costábale á Abderrahman el sujetarlos ó largos cercos ó sangrientas batallas. Llegó el emir á arrepentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hízosele sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado á Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufría entre tanto por otra parte el imperio musulmico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania árabe, caía, al cabo de cuarenta años de dominación musulmana, en poder de Pepino, hijo de Carlos Martell, que llevaba siete años prosiguiendo activamente la obra de su padre. Despues de un largo asedio succumbió aquel postre baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnición sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España había intentado algun caudillo ismaelita llevar socorros á sus hermanos de Narbona, había sido destruido en el Pirineo de la España Oriental; que ya los cristianos de Cataluña se atrevían, á ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, á caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderrahman estaba destinado á no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenían tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia á un vástago de la raza proserita fundar un imperio en Occidente. El califa Almansur, sucesor de Abul-Abbas, que había trasladado la silla del imperio á Bagdad, envió á las costas de Andalucía con poderosa hueste al walí de Cairvan Ali ben Mogueitz, que comenzó á recorrer el país excitando la insurrección contra Abderrahman, el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur, califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebelion mal apagada. Cada día se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilanó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Omíada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre é incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Ali entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Serranía de Ronda.

Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairvan un trofeo sangriento. Sobre una columna ó poste se veía clavada una cabeza humana junto con algunos troncados miembros. Encima había un rótulo que decía: *Así castiga Abderrahman ben Moawiah ben Omeya á los temerarios como Ali ben Mogueitz, walí de Cairvan*. Eran la cabeza y miembros de Ali que el vencedor había hecho trasportar secretamente á la capital del emirato africano.

Muy irritado debía estar Abderrahman para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo clemente. ¡Cuánto endurece la guerra los corazones mas propensos á la piedad (4)!

Lo peor fué que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa

(4) Añaden que el califa exclamó con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (*Satanás*). ¡Loado sea Dios que ha puesto un mar entre él y yo!»

de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió á Sevilla, la saqueó, y corrió á encerrarse en Medina Sidonia, donde se habían reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fué sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular ó romper la línea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita, por dos diferentes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Serranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y mas viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó en poder del terrible Marsilio, el cual, temiendo que la excesiva bondad de Abderrahman le hiciese todavia gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria segun costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Omíada, despues de haber corrido por Egipto y Africa todos los azares, todas las vicisitudes de un proserito, semejóbase en España á un bajel lanzado en medio del Océano y contra el cual el dios de los mares parecia complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Así fué que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillaje, enviaron á Africa á invitar para que viniese á capitanearlos al jóven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (Meknasah), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linaje, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo á los de Elvira: «Ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.» Halagó á Abdel-Gafir una invitación que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su genio y carácter aventurero, y reclinando porción de moros, dispúsose á venir á España. En vano Abderrahman quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso á pregon las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto á Almuñecar, y tremolando el negro pendon de los Abassidas, á que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, é incorporado á los insolentes guerrilleros de aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredación, aunque limitándose á algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased el Schebani, cuya larga permanencia en aquella ciudad le había dado ocasion de conocer el genio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando á Elvira susceptible por su posición de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar mas oportuno, y comenzó á ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas de *Garnathah*, la ciudad de los judíos, desde cuya altura podia dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca, abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fué cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Aleazaba se conoce hoy todavia en Granada y forma parte de la ciudad (1). Pero Ased no pudo ver concluida su obra, porque encargado por Abderrahman de perseguir los rebeldes del distrito, despues de atacarlos briosamente á la cabeza de sus tropas y arrojarlos de sus posiciones, cayó mortalmente herido de una lanzada y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar á un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibrahim, el cual tenia doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderrahman. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del walí, y protegidos por nuevos moros venidos de Africa, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda y con continuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Ecija,

de Sevilla y de Carmona, que los hacían replegar á sus montuosas guaridas (766).

Otros cuidados embargaban al propio tiempo á Abderrahman.

Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacia, estábanlo tan flojamente, que mas bien que cerco parecia ser una tregua ó convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cual sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podia convenir á Abderrahman, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y así encargó al activo Teman ben Alkama que partiese á estrechar el sitio y apresurar la rendición de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatia en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar á nado por la parte superior del río á Cassim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber á la fuga su salvacion.

Entre tanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos á los alcáides de Ecija, de Baena, de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walies de Africa, empeñados en arrojar de España á Abderrahman, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron á las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del jefe abassida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró serios temores á Abderrahman, que abandonando los alcáides y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en dirección del punto nuevamente amenazado. Mas antes de llegar á Valencia recibió aviso del walí de Tortosa de haber dispersado ya á los africanos y obligádoles á reembarcar con gran pérdida. En la refriega había muerto su jefe el Seklebi. Abderrahman aprovechó esta ocasion para visitar la parte oriental de su imperio que aun no había visto, y recorrió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habían logrado incorporarse con las de Adel-Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió á tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hácia Sevilla. Noticioso de esta aproximación salió á su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, jóven tímido é inexperto, no avezado á los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas á su caballo y corrió á ampararse al lado de su padre. Marsilio, indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera: *Tú no eres mi hijo*, exclamó; *tú no eres un Meruan: muere, cobarde*. Y enristrando ciegamente la lanza, le derribó del caballo, llenando de terror á los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fué la lucha que se emprendió al siguiente día. El grueso de la facción acudió á Sevilla en la confianza de que Ayud ben Salem les abriría las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó á Alxarafe (hoy San Juan de Alfarche), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido jefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas; sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo, y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entre tanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salem se había alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar, y degollado su guarnición. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar: sus feroces hordas entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walí fué brutalmente destruido, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados á saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fué aquella. Cuando la desenfadada soldadesca se hallaba entregada á los horrores del mas atrozo vandalismo, vino á completar la confusión del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró

(1) Conde, part. II, c. 18.—Mármol, Rebel. de los morisc. lib. 1.

por las calles de la ya horrorizada población. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos, y el crujir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo día vino a poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir con sus rebeldes se vió obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á Cazalla, y los sevillanos respiraron, que hartos lo habían menester (1).

Cansado Abderrahman de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que á la cabeza de sus fieles zenetas quería lanzarse á castigar la audacia del pertinaz é importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se había pedido á Mérida. Llegaron al fin estas, y Abderrahman puso en acción todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente á las tropas rebeldes en las alturas de Ecija, y una hora de matanza puso término á la guerra de siete años que tenía fatigado el país. El turbulento y porfiado Abdel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfanje. Mas de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del país que habían sido teatro de la guerra, y clavadas segun costumbre en los muros de las ciudades, sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la alcazaba de Granada, en los torreones de Almuñecar y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderrahman tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelion, y publicó un edicto de perdón para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen á su clemencia. Con lo que restituyó la paz á un país de tanto tiempo trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo de batalla de Ecija á Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que además de sufrir de sus heridas, se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebato había dado á su hijo. Abderrahman creyó conveniente alejarle de un país que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walí de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habían de ofrecer á Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí había de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nombre de Marsilio en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlo-Magno, de cuyos sucesos nos habremos luego de ocupar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Ecija, gozó al fin Abderrahman de una paz de diez años. Por de pronto, para asegurar las costas de las continuas incursiones de los walíes de África, dedicóse á fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante (*emir-al-má*) al altivo y fiel Teman ben Alkamá, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimension que entonces se conocía en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almería y Cartagena, las de Algeciras, Huelva, Cádiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, y los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora á Abderrahman ocupado en plantear en sus Estados una sencilla y sabia administracion á beneficio de la paz, y veamos lo que entre tanto hacían los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.

(1) Conde, cap. 19.

CAPITULO V

ASTURIAS

Desde Fruela hasta Alfonso el Casto

DE 757 Á 791

Reinado de Fruela I.—Rebélense los vascones y los sujeta.—Medida sobre los matrimonios de los clérigos.—Consecuencias que produjo.—Rebelion en Galicia.—La sofoca. Funda á Oviedo.—Mata á su hermano, y él es asesinado despues por los suyos.—Reinado de Aurelio.—Idem de Silo.—De Mauregato.—De Bermudo el Diácono.—Sube al trono de Asturias Alfonso II.

Había coincidido la fundacion del imperio árabe de Occidente en Córdoba con la muerte del belicoso rey de Asturias Alfonso el Católico (756). ¡Cuán bella ocasion la de las revueltas que despedazaban á los musulmanes para haberse ido reponiendo los cristianos y haber dilatao ó consolidado las adquisiciones de Alfonso, si los príncipes que le sucedieron hubieran seguido con firme planta la senda por él trazada y abierta, y si hubiera habido la debida concordia y acuerdo entre los defensores de una misma patria y de una misma fe! Pero por qué deplorable fatalidad desde los primeros pasos hacía la grande obra de la restauracion, cuando era comun el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor á la independencia, la necesidad de la union urgente y reconocida, el interés uno solo, y no distintos los deseos, por qué deplorable fatalidad, decimos, comenzó á infiltrarse el germen funesto de la discordia, de la indisciplina y de la indocilidad entre los primeros restauradores de la monarquía hispano-cristiana?

Por base lo asentamos ya en otro lugar. «Era el genio ibero que revivía con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada (2).»

Á Alfonso I de Asturias había sucedido en el reino su hijo Fruela (757). No faltaban á este príncipe ni energía ni ardor guerrero: pero era de condicion áspera y dura, y de genio irritable en demasia. Mas este carácter, que le condujo á ser fratricida, no impidió que fuera tenido por religioso, del modo que solía en aquellos tiempos entenderse por muchos la religiosidad, que era dar batallas á los infieles y fundar templos. De uno y otro certifican con su laconismo mortificante los cronistas de aquellos siglos. «Ganó victorias,» nos dice secamente uno de ellos (3). «Alcanzó muchos triunfos contra el enemigo de Córdoba,» nos dice otro (4). Si bien este último cita una de las batallas dadas por Fruela á los sarracenos en Portumium de Galicia, en que afirma haber muerto cincuenta y cuatro mil infieles, entre ellos su caudillo Omar ben Abderrahman ben Hixem, nombre que no hallamos mencionado en ninguna historia árabe, las cuales guardan tambien profundo silencio acerca de esta batalla (5). No lo extrañamos. Achaque solía ser de los escritores de uno y otro pueblo consignar sus respectivos triunfos y omitir los reverses. Así, y como en compensacion de este silencio, nos hablan las crónicas árabes de una expedicion hecha por Abderrahman hacía los últimos años del reinado de Fruela á las fronteras de Galicia y montes Albaskenses, de la cual regresaron á Córdoba los musulmanes victoriosos, llevando consigo porcion considerable de ganados y de cristianos cautivos, extendiéndose en descripciones de la vida rústica, de los trajes groseros y de las costumbres salvajes que habían observado en los cristianos del Norte de España (6). Y acerca de esta expedicion enmudecen nuestros cronistas. Tarea

(2) Discurso Preliminar.

(3) Albendens. Chron. n. 55.

(4) Salmant. n. 16.

(5) Solo Almakari hace alguna indicacion sobre ella.

(6) Conde, cap. 18.

penosa para el historiador imparcial la de vislumbrar la verdad de los hechos por entre la escasa y escatimada luz que en época tan oscura suministran los parciales apuntes de los escritores de uno y otro bando, secos y avaros de palabras los unos, pródigos de poesía los otros (1).

Una rebelion de los vascones contra la autoridad de Fruela en el tercer año de su reinado, demostró ya la tendencia de aquellas altivas gentes á emanciparse del gobierno de Asturias, á que sin duda los había sometido Alfonso el Católico, y á obrar aislada é independientemente de los demás pueblos cristianos. Y aunque Fruela logró reducirlos, estas sumisiones forzadas, que hubieran debido ser espontáneas alianzas, sobre distraer la atencion y las fuerzas de los cristianos, que bien las habían menester todas para resistir al comun enemigo, eran flojos y precarios lazos que habían de desatarse fácilmente en la primera ocasion ó romperse. Las crónicas no nos explican las causas ó motivos de aquel movimiento. Pero hay necesidad de buscarlos en otra parte que en la indole misma y en la independiente arrogancia de los pueblos vascos, tan distintos de los demás pueblos de España en carácter, en lengua, en costumbres, siempre dados á gobernarse á sí mismos por caudillos propios y de libre eleccion? Prendóse allí Fruela de una noble y hermosa jóven llamada Munia, la cual llevó consigo á Asturias, y haciéndola su esposa, tuvo de ella un hijo que mas adelante había de regir el reino y alcanzar glorioso renombre. Llamóse tambien Alfonso como su abuelo.

Enajenóse Fruela una gran parte del clero y del pueblo con una medida que acaso le inspiró su celo religioso. Tal fué la de prohibir los matrimonios de los sacerdotes, y aun obligar á los ya casados á separarse de sus mujeres: costumbre antigua en España y desde el tiempo de Witiza muy recibida y generalizada. Bien fuese que no le creyeran con derecho á hacer por su sola autoridad esta innovacion en la disciplina canónica, bien que el clero y los pueblos mismos tuvieran interés en la conservacion de aquella costumbre, «porque los hombres, dice á este propósito uno de nuestros historiadores, quieren que lo antiguo y usado vaya adelante, y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre (2).» atrájese con esto el desabrimiento de una gran parte del pueblo y de los sacerdotes. «Lo cual, dice hablando de esto mismo otro de nuestros analistas, agradó á todos los piadosos, aunque se exasperaron los mas de los eclesiásticos (3).» Con tanto disgusto se supone haber sido recibida esta medida, que á ella se atribuye la rebelion que en Galicia estalló contra Fruela, el cual desplegó para sofocarla toda la severidad de su irascible genio, devastando la provincia y castigando de muerte á todos los culpados.

De regreso de esta expedicion edificó á Oviedo, destinada á ser mas adelante el asiento y corte de los reyes de Asturias.

(1) Para que se vea hasta qué punto están en desacuerdo las crónicas árabes y las cristianas respecto á los sucesos de esta época, baste decir que hacía el año en que estas refieren la brillante victoria de Fruela en Pontumio, suponen aquellas haber impuesto Abderrahman un tributo á los cristianos de Galicia, cuya escritura copian en los términos siguientes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderrahman á los patriarcas, monjes, próceres y demás cristianos de España, á las gentes de Castela y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años. Escribióse en la ciudad de Córdoba dia 3 de la luna safar del 148 (750).» Este documento tiene todos los visos de apócrifo. Ni entonces á Abderrahman se le nombraba rey, sino emir, ni al reino cristiano de Asturias le llamaban ellos Castela sino Galicia, ni hubiera sido posible á los cristianos pagar un tributo anual de diez mil caballos y diez mil mulos, ni tan inmensa suma de oro y plata, aunque se hubiera agotado toda la riqueza pecuaria y metálica del país, ni estaban tampoco en aquella sazón los árabes, envueltos como andaban en sus guerras civiles, para dar de una manera tan dura la ley á los cristianos de las montañas. No podemos convenir con el doctor Dunham, á quien le parece verosímil este tratado.

(2) Mariana, lib. VII, c. 6.

(3) Ferreras, Sinops. hist. tom. 4. pág. 85.

Dos piadosos varones, el abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo, habían erigido un templo en honor de San Vicente mártir en un lugar cubierto de guájaras y arbustos, no lejos de la selva llamada por los romanos *Lucus Asturum*. Al rededor de este templo habían ido agrupando muchos fieles, que desbrozando las malezas de la colina hicieron allí sus viviendas, siendo la ermita el centro de la población, que á favor de un terreno fértil y de un clima suave iba atrayendo á los moradores de las montañas. Agradóle á Fruela aquel sitio, y mandó construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocacion del Redentor. Fuéronse multiplicando las casas, y se dió á la nueva población el nombre de Ovetum, hoy Oviedo (4). Así, casi al mismo tiempo que el árabe Abderrahman embellecía con alcázares y jardines la corte del nuevo imperio musulman, y pensaba levantar en Córdoba la gran mezquita consagrada al culto del Profeta, Fruela el cristiano levantaba en Asturias una basílica consagrada al culto del Salvador de los hombres.

Pero este celo religioso de Fruela no le impidió afean su nombre con la mancha de un fratricidio horrible. Su hermano Vimarano, que por su amabilidad y su dulzura se había hecho querer del pueblo y de los grandes, llegó sin duda á inspirar recelos y sospechas al irritable monarca, que dejándose llevar de su arrebatado genio, le asesinó con su propia mano y dentro de su palacio mismo. Con este crimen acabó de exasperar á los grandes, á quienes antes se había hecho ya harto aborrecible, y conjurados contra él, hicieronle sufrir, dice el cronista, la justa pena del talion, asesinándole á su vez en Cangas los mismos suyos (5). Enterráronle en la iglesia de Oviedo que él había fundado (768). Reinó once años y algunos meses (6).

No pasó la corona á su hijo Alfonso, ya por su corta edad, «que no estaba aquel pequeño Estado, dice el juicioso Florez, para colocar corona y cetro donde faltaban cabeza y mano,» ya por el odio que los grandes á su padre tenían. Cualquiera de las dos causas hubiera bastado, continuando como continuaba entonces siendo electiva la monarquía. Fué, pues, nombrado en su lugar su primo hermano Aurelio, hijo del otro Fruela hermano de Alfonso el Católico, su tío. Como una fatalidad puede contarse para el naciente reino cristiano el que le tocara un príncipe de quien solo han podido decir los historiadores que «no hizo cosa en paz y en guerra que sea digna de memoria.» Parece, no obstante, que se debió á su prudencia el haber podido reprimir una insurreccion de los esclavos contra sus señores que sucedió en su tiempo. Discúrrase que aquellos esclavos serian los cautivos que Alfonso el Católico había recogido y llevado en sus expediciones por las tierras de los sarracenos. La paz en que Aurelio vivió con estos fué causa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas de linaje noble se casaran con musulmanes, lo que acaso dió origen á la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos despues, del tributo de las cien doncellas (7). Fa-

(4) Risco, España Sagrada, tom. 37.

(5) *Talionem juste accipiens, á suis interfectus est.* Salmant. Chron. l. c.

(6) Mariana atribuye á Fruela una hija llamada Jimena, «muy conocida, dice, por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad.» Mariana refiere mas adelante muy extensamente los romances de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio y sus celebradas proezas. Convencidas ya de fabulosas las hazañas de este romanesco personaje, objeto de los cantos populares de los siglos XII y XIII en que se inventó, no hay para qué nos detengamos á refutar fábulas que los mismos ilustradores de Mariana desechan ya. Véanse las notas de Mondejar á Mariana, edicion de Valencia, 1788, y las de Sabau, edicion de Madrid, 1818.

(7) Mariana, que con una ligereza extraña en su buen juicio acoge de lleno esta fábula, como la de Bernardo del Carpio y tantas otras, dice en tono aseverativo hablando de este rey: «pero la loa que por esta causa ganó (la de haber sujetado los esclavos) la oscuridad del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó á darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias.» Por fortuna la invencion de este supuesto tributo, que otros atribuyen á otro posterior monarca, y que ningún cronista mencionó hasta el siglo XIII, está ya tan desautorizada, que no hay escritor de mediano criterio que no la tenga por ridícula conseja. Por lo mismo no necesitamos detenernos á vindicar ninguno de nuestros reyes de esta deshonrosa mancha que algunos ligeramente echaron sobre ellos. Otros se han en-